

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

El libro de los gatos.—Edición crítica por JOHN ESTEN KELLER. «Clásicos Hispánicos». Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1958 [150 páginas].

En las ediciones de *El libro de los gatos* han dominado dos criterios diferentes: el de la transcripción fiel del código (Gayangos) y el de la reconstrucción del texto, según la fuente latina de Odo de Cheriton (Northup). El editor actual parece preferir (con las oportunas mejoras) el primero (p. 20); sin embargo, en varios lugares de su reimpresión consigna las reconstrucciones de Northup, a mi parecer muy acertadas. Así, en la página 37, nota, 8, se dice que *Afreardo de los Arcos* es la lectura del código y transcrita exactamente por Gayangos; sin embargo, Northup corrigió en *fijo[s] de Effrem, [que] ar[m]ado[s] de los arcos*, de acuerdo con el texto latino («Fili Effrem, intendentes et mittentes arcum, conuersi sunt in die belli»). La corrección no sólo es exacta, sino necesaria: el texto, tal y como lo edita el Sr. K., está falto de sentido y, gracias a N., cobran valor lo que son una serie de palabras vacías (debe leerse la continuación del cuentecillo para comprender plenamente el significado de la mejora en el texto reconstruido). No creo que sea arriesgado ordenar de este modo unas cuantas modificaciones, si el autor español sigue fielmente—como ocurre con muchísima frecuencia—un texto latino. Otro tanto se puede decir de las siguientes rectificaciones: en la página 47, nota 22, se comenta el siguiente pasaje: «estonçe ay una erreza». Para explicarlo, K. reclama la ayuda de Gayangos («erreza, eso es, una herejta») y propone una etimología a todas luces inadmisibles (*erreza* < HAERESIA o HERETICA); mucho más fácil, y seguro, es aceptar la corrección de N. («estonçe ayuna[n] e rreza[u]»), basada en un texto latino inequívoco: «ieiunant, fingunt se bonos et sanctos». Son dudosas, en este mismo orden, las rectificaciones que el Sr. K. hace a N. en las páginas 56 (nota) y 96 (n. 104).

Extraña más la postura del Sr. K., puesto que lo que trata de hacer es—según reza la portada—una edición crítica. Extraña por no haber aceptado el original latino para llevar a cabo una rigurosa depuración textual. Por otra parte, no sé—haría falta leer el manuscrito—si el Sr. K. ha sido siempre de absoluta fidelidad al texto: en la página 33, línea 14, transcribe *ombres*, pero en nota dice que el código escribe *omes*, «que es la abreviatura regular», aunque en ocasiones el texto de la lectura *ombres*, forma aceptada por el editor. Sin embargo, en la fotocopia de esa página (única que se reproduce), y en el lugar señalado por el editor, se lee *omēs*, no *omes*; por tanto, hay que transcribir *omnes*. Por otra parte, podía haberse mantenido la más rigurosa fidelidad al texto (insisto: quiere ser una edición crítica, no paleográfica) facilitando la lectura; así, se lee *cabella* por 'cabe ella' o

fazle mienda 'fazle emienda'. En la página 63, línea 503, leemos «amos y dos», mientras que un poco más adelante (líneas 508-509) el mismo sintagma aparece bajo la forma «amos a dos». Si no es yerro del transcriptor haría falta consignar la disparidad. En el mismo plano de cuestiones de crítica textual quiero anotar otro par de observaciones: en las páginas 75 y 103 se transcribe *Euvangelio*, creo que debe ser error por *Envangelio*, forma esta última que se atestigua. También merecería una nota el *ovellas* 'ovolas' de la página 109. Por último, no juzgo acertada la corrección *vaya* por *vayan* (p. 36), mientras que me parece imprescindible rectificar la lectura de la página 107, línea 1372: «a llos [añadase unos] llaman duques, e a llos otros llaman rreys».

Las anotaciones lingüísticas del Sr. K. no son siempre impecables: hay algunas triviales (p. 57), otras son innecesarias (nada de raro tienen las formas anotadas en las páginas 59, nota 52; 85, línea 944, y 114, nota 125), otras están expuestas de manera caótica (p. 58, n. 47), otras no son exactas (en la nota 11 se mezclan ejemplos heterogéneos; en la 57 se aduce un testimonio totalmente inaceptable; en la 60 se consigna *rroqueria* «sic por *rromeria*», pero se trata de «unos asnos en rroqueria», esto es, en 'recua'; por lo demás sobra el *harruquero* del pie de página) y algunas se aclaran desde el mismo texto (por ejemplo, *ferra* es, sin duda, error por *ferrada*, los testimonios de *-d-* intervocálica perdida que se aducen en la nota 41 no valen para explicar *-ada* > *-a*, y es decisivo el empleo de la forma plena en la misma narración; lo mismo cabe decir de *vega*, línea 1201, con respecto al *vegada* de las 1302 y 1333, o del *to* de la línea 274 en función de los infinitos *todos* del *Libro*).

Hay algunas erratas en el texto (*Etudes* por *Études*, p. 17, K. 24; *vigar*, p. 38, línea 92, frente al correcto *vigas* de la l. 94; *incllticos* por *encllticos*, p. 44, n. 20; *tiras* por *tivar*, p. 98, l. 1178), amén de ciertas incorrecciones en el español usado (*aun* por *incluso*, p. 11; *opinion* *diseminada* (?), p. 15; *en mendación* por *enmienda*, página 41, y otras varias veces; *saca* y *sacarse*, p. 43, n. 17; *orden* masculino en vez del correcto femenino, p. 81, n. 80, etc.).

El vocabulario está hecho con criterio que no comparto. Figuran sólo unas pocas palabras sin referencia al texto. En general, me parece muy discutible el criterio de elección y, en este caso concreto, no encuentro justificada la presencia de *agora*, *alli*, *andar*, *ansi*, *arrededor*, *asconder*, *atanto*, *aver*, etc., etc., cuando faltan (no me he preocupado sino en hacer unas cuantas calas fortuitas): *escasos* 'tacaños' (l. 1224), *endurar* 'soportar' (l. 1486), *garganterias* 'glotonerías' (l. 1219), *mures* (en oposición a *rratos*, l. 1306), *mezquino*, acaso con el valor de 'joven', como en francés antiguo (l. 190), *profaçan* 'abofetean' (l. 1617), *somas*, cuyo valor habría que aclarar con el texto latino (l. 1150), *tirarte* 'salirte' (l. 1230).

Me detengo en estas observaciones porque la edición de un texto exige siempre un riguroso cuidado, mucho mayor si se trata de una obra medieval de valor sobresaliente.

El *Libro de los gatos* interesa a la historia literaria por su valor intrínseco (vid. las notas estilísticas del Sr. K. en la p. 11), por su significado para la historia cultural de Occidente (fortuna de Odo de Cheriton en España) y por su testimonio para la historia social (anticlericalismo, pp. 48, 70, 78; censura antiseñorial, pp. 35, 36). El Sr. K. anuncia (p. 10, n. 3) un estudio de las moralizaciones, que, esperamos, será de gran interés (alguna de ellas llegó a atribuirse a Felipe II), dada la perspicacia del autor en estos temas (convence su defensa del título: *Libro de los gatos* y no *Libro de los quentos*). Como complemento del interés que he tenido en la lec-

tura de la edición, me permito señalar algún rasgo lingüístico: igualación *b/v*: *bolan* (l. 17), *bes* (l. 295), *vando* (l. 558), *bozes* (l. 618), *abispa* (l. 1040), *avejas* (l. 1201), *enbuelto* (l. 1341), *baxillas* (l. 1677), *passim*; igualación *z/ç*: *façen* (l. 203); falta de diptongo: *bolan* (l. 17); algún caso de laísmo (l. 34) y cierta tendencia al leonesismo, señalada por el Sr. K., pero fácilmente ampliable.—*Manuel Alvar* (Universidad de Granada).

Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens.—Münster, 1959 (vol. XIV).

La serie «Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens», de la «Spanische Forschungen der Görresgesellschaft», ha compuesto su número 14 en homenaje al Emperador Carlos V, iniciándolo con esta hermosa dedicatoria: «En memoria del IV Centenario de la muerte de Carlos V, que como Emperador alemán y como Rey de las tierras hispanas luchó sin tregua para afianzar en el mundo la paz» («Zum Gedächtnis an den 400. Todestag Karls V., der als deutscher Kaiser und als König der spanischen Länder unermessliches Tat, der Welt eine Ordnung des Friedens zu sichern»). En este volumen se recogen una serie de artículos de gran interés. El profesor Dr. Hans Flasche, de la Universidad de Marburgo, hace un estudio sobre los «problemas de estructura sintácticos, en las cartas de Hernán Cortés a Carlos V» (p. 1-18), en el que se muestra buen conocedor del tema y en posesión de la bibliografía, incluida la española más reciente; así los trabajos de Montoliú («La lengua española en el siglo XVI», *RFE*, XXIX, 1945), Lapesa (*Historia de la lengua española*, Madrid, 1950, del que cita especialmente el capítulo dedicado al español del Siglo de Oro) y García Blanco (*La lengua española en la época de Carlos V*, Santander, 1958); si bien se lamenta de no conocer la conferencia del profesor Dámaso Alonso sobre *La lengua y literatura en la época del Emperador*.

Le sigue un trabajo de Enrique Otte sobre la expedición de Diego de Ingenios a la isla de las Perlas, en 1528, que va acompañado de apéndice documental (páginas 19-110).

Sobre los comienzos de las relaciones culturales y económicas hispano-alemanas versa el artículo que publica el profesor Vincke; se trata del texto de la conferencia pronunciada en el Instituto de Cultura Alemán de Madrid, el 21 de octubre de 1958. Centrado este estudio sobre la segunda mitad del siglo XIV y principios del XV, lleva adjunto importante apéndice documental, procedente de los fondos del Archivo de la Corona de Aragón.

A continuación siguen tres trabajos sobre Carlos V: Hüffer: *Relaciones hispano-alemanas bajo Carlos V* (pp. 183-193), Kellenbenz: *Carlos V y las ferias de Lyon* (pp. 194-202) y Bertrand: *Carlos V y Víctor Hugo* (pp. 203-209). Se cierra el libro con un estudio de Walter Falk sobre el viaje a España del famoso poeta alemán Rainer Maria Rilke (pp. 210-240).

Hüffer da una buena visión de las relaciones hispano-germanas bajo Carlos V, en particular de las culturales, incrementadas notablemente bajo el Emperador. Destaca la influencia que ejerce la Escuela de Salamanca, con Vitoria y Suárez, sobre la filosofía y la teología alemanas de los siglos XVI y XVII, así como el interés con que en España se siguen los descubrimientos de Copérnico. También examina las relaciones políticas y económicas. Hace hincapié, con razón, en el recíproco apoyo de soldados alemanes en empresas españolas, y de los tercios viejos en otras

tura de la edición, me permito señalar algún rasgo lingüístico: igualación *b/v*: *bolan* (l. 17), *bes* (l. 295), *vando* (l. 558), *bozes* (l. 618), *abispa* (l. 1040), *avejas* (l. 1201), *enbuelto* (l. 1341), *baxillas* (l. 1677), *passim*; igualación *z/ç*: *façen* (l. 203); falta de diptongo: *bolan* (l. 17); algún caso de laísmo (l. 34) y cierta tendencia al leonesismo, señalada por el Sr. K., pero fácilmente ampliable.—*Manuel Alvar* (Universidad de Granada).

Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens.—Münster, 1959 (vol. XIV).

La serie «Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens», de la «Spanische Forschungen der Görresgesellschaft», ha compuesto su número 14 en homenaje al Emperador Carlos V, iniciándolo con esta hermosa dedicatoria: «En memoria del IV Centenario de la muerte de Carlos V, que como Emperador alemán y como Rey de las tierras hispanas luchó sin tregua para afianzar en el mundo la paz» («Zum Gedächtnis an den 400. Todestag Karls V., der als deutscher Kaiser und als König der spanischen Länder unermessliches Tat, der Welt eine Ordnung des Friedens zu sichern»). En este volumen se recogen una serie de artículos de gran interés. El profesor Dr. Hans Flasche, de la Universidad de Marburgo, hace un estudio sobre los «problemas de estructura sintácticos, en las cartas de Hernán Cortés a Carlos V» (p. 1-18), en el que se muestra buen conocedor del tema y en posesión de la bibliografía, incluida la española más reciente; así los trabajos de Montoliú («La lengua española en el siglo XVI», *RFE*, XXIX, 1945), Lapesa (*Historia de la lengua española*, Madrid, 1950, del que cita especialmente el capítulo dedicado al español del Siglo de Oro) y García Blanco (*La lengua española en la época de Carlos V*, Santander, 1958); si bien se lamenta de no conocer la conferencia del profesor Dámaso Alonso sobre *La lengua y literatura en la época del Emperador*.

Le sigue un trabajo de Enrique Otte sobre la expedición de Diego de Ingenios a la isla de las Perlas, en 1528, que va acompañado de apéndice documental (páginas 19-110).

Sobre los comienzos de las relaciones culturales y económicas hispano-alemanas versa el artículo que publica el profesor Vincke; se trata del texto de la conferencia pronunciada en el Instituto de Cultura Alemán de Madrid, el 21 de octubre de 1958. Centrado este estudio sobre la segunda mitad del siglo XIV y principios del XV, lleva adjunto importante apéndice documental, procedente de los fondos del Archivo de la Corona de Aragón.

A continuación siguen tres trabajos sobre Carlos V: Hüffer: *Relaciones hispano-alemanas bajo Carlos V* (pp. 183-193), Kellenbenz: *Carlos V y las ferias de Lyon* (pp. 194-202) y Bertrand: *Carlos V y Víctor Hugo* (pp. 203-209). Se cierra el libro con un estudio de Walter Falk sobre el viaje a España del famoso poeta alemán Rainer Maria Rilke (pp. 210-240).

Hüffer da una buena visión de las relaciones hispano-germanas bajo Carlos V, en particular de las culturales, incrementadas notablemente bajo el Emperador. Destaca la influencia que ejerce la Escuela de Salamanca, con Vitoria y Suárez, sobre la filosofía y la teología alemanas de los siglos XVI y XVII, así como el interés con que en España se siguen los descubrimientos de Copérnico. También examina las relaciones políticas y económicas. Hace hincapié, con razón, en el recíproco apoyo de soldados alemanes en empresas españolas, y de los tercios viejos en otras

alemanas: así, los 3.000 landsquenetes que trae Carlos V en 1522 para la reconquista de Fuenterrabía y los 6.000 ó 7.000 que intervienen en las campañas de Túnez y Argel; en contrapartida, recuerda los españoles que colaboraron en la defensa de Viena (1532) y en la batalla de Mühlberg (1547).

Por su parte, Kellenbenz nos ofrece un breve, pero muy enjundioso, estudio sobre los intentos de Carlos V por ahogar las ferias de Lyon en beneficio de Anveres, Besançon y Augsburgo; intentos que la rebelión de los Príncipes protestantes, acaudillados por Mauricio de Sajonia, hizo malograr en 1552. Sorda lucha por las fuentes del crédito, tan vinculada a la más espectacular de las armas y la política, que constituye un eslabón más en aquel forcejeo entre Francisco I y Carlos V por lograr el predominio sobre Europa. El lector no puede menos de recordar la queja de Carlos V cuando se ve sin crédito en la crisis de 1552: que también en aquel terreno notaba la mano de sus enemigos, y así lo expresa a su hijo Felipe II, en las Instrucciones dadas a Manrique de Lara, que custodia el Archivo de Simancas.

Como puede verse, pues, un conjunto de valiosos trabajos, algunos de particular interés para los estudiosos de la época carolina.—M. Fernández Alvarez.

GLASSER, RICHARD *Studien über die Bildung einer moralischen Phraseologie im Romanischen*. Frankfurt am M., 1956.

Esta es la tercera de las monografías publicadas por Fritz Schalk en los anejos de *Romanische Forschungen*. Como en las anteriores, aquí también se aúna la pesquisa filológica con el análisis estilístico y por la unión de los dos métodos se examina el desarrollo de la cultura románica en su aspecto ideológico, ético y social. Para realizar tan ambiciosa empresa, Richard Glasser ha recogido un rico acopio de pasajes, procedentes de obras representativas de las literaturas románicas (y aun de la inglesa y de la alemana). La tesis que estos materiales le sugieren y que el autor se propone demostrar, puede resumirse en los términos siguientes: a la tendencia alegorizadora medieval, que percibe las virtudes y los vicios, las fuerzas favorables y contrarias al hombre, como entidades abstractas y exteriores, en las cuales el individuo apenas si puede influir, sobreviene luego, por influencia del humanismo italiano, una actitud de resistencia y de reacción, que se expresa en términos nuevos y en nuevas formas sintácticas. Surge entonces, bajo la influencia directa de los modelos clásicos, lo que Glasser llama el *homo reagens*, dotado de una nueva conciencia de sí y de suficiente energía interior para oponerse a los ataques exteriores (especialmente de la fortuna) y a los impulsos que le mueven interiormente, o sea, a los afectos y a las pasiones. En la época moderna, el *homo reagens* del Renacimiento queda sustituido a su vez por una *humanitas reagens*: ante la inmensidad arrolladora de las fuerzas contrarias, el individuo pierde confianza en sus propias fuerzas y se acoge a una posible—aunque poco probable—resistencia colectiva.

Planteada así su tesis—tan sugestiva y controvertible—, el autor no procede a probarla en orden cronológico, sino que elige varios grupos de expresiones sintomáticas y por ellas vuelve una y otra vez al tema central, a costa de algunas repeticiones y sacrificando una rigurosa disposición sistemática, pero con la ventaja de iluminar la tesis desde ángulos distintos e independientes. Analiza, pues, el *abstractum impotens* (del tipo, «a mí no me mueven promesas», Cervantes), por el que se niega la acción de la fuerza abstracta en el hombre, y, a la inversa, las

frases que expresan el ceder del hombre, como «dejarse vencer». Pasa luego a considerar *invictus* y los adjetivos afines, en los cuales cifra el triunfo del humanismo renacentista; las metáforas de la resistencia; los verbos y las locuciones con que el hombre del Renacimiento expresa su reacción frente a la influencia abstracta, su toma de posición frente a las mismas, o, por otra parte, su *huir*, *ceder* y «soltar las riendas»; la oposición a la fortuna (que en Italia llega a ser una empresa casi técnica, de una intensidad que sobrepasa los modelos clásicos); las actitudes que se exteriorizan en múltiples expresiones como *vencerse*, *ser señor de sí*, *dominio de sí*.

Es en esta parte donde Glasser da más cabida a lo hispano; *vencerse* es el leitmotiv del setecientos español, «señor de sí», una de sus expresiones preferidas. Lope de Vega, Calderón, Cervantes y Góngora son los autores a los que Glasser acude con más frecuencia, no tanto para probar su tesis—para esto le sirven la literatura italiana y la francesa—como para confirmarla. En otras palabras, lo español se nos presenta como *fait accompli*, una situación de hecho, en la cual las ideas abstractas se han establecido firmemente y forman partes de la visión de la vida. El ideal del caballero perfecto se cifra en el dominio de las pasiones y de los afectos.

Esta selección de textos prevalentemente tardíos coincide con el hecho consabido de que la influencia de la literatura y del arte italiano del Renacimiento produce sus más sazonados y llamativos frutos en la segunda parte del Siglo de Oro. Pero sería interesante ahondar más en las letras medievales y en las del siglo XVI. Además, habría que estudiar, junto al desarrollo de la fraseología, la evolución semántica de las distintas voces. No siempre podrá decirse que «los términos son los mismos». La reluctancia del castellano a admitir latinismos y particularmente, en este caso, el prefijo negativo *in-*, puede explicar ciertas «ausencias», aun antes de examinar el contenido conceptual de las palabras mismas. Algunas voces, por otro lado, van cambiando de amplitud y sentido: considérese, por ejemplo, la trayectoria semántica de *voluntad* y *ánimo*.

Con algunas aclaraciones, el estudio de Glasser podrá servir de punto de partida, de término de comparación y de estímulo para que se fomenten cada vez más los estudios semánticos e ideológicos. De una serie de monografías como ésta, dedicadas más expresamente a lo hispánico, lograremos datos más precisos sobre la actitud del español frente a la vida, en los distintos períodos de su historia.

Apéndice.—Observaciones sobre la «fraseología moral» en los Diálogos de Alfonso de Valdés.

A manera de sondeo he aplicado las rúbricas de Glasser a dos obras de la primera mitad del siglo XVI, ambas muy ricas en contenido ético y religioso, o sea, al *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, o de *Lactancio* (abr., L., ed. 1946) y al de *Mercurio y Carón* (abr. M., ed. 1947). Alfonso de Valdés no se cansa de repetir que el cristiano ha de menospreciar los vicios y las cosas mundanas (cfr. L. 25, 6 y 14; 47, 15 y 25; 67, 15; 105, 3 y 11; 130, 3; M. 14, 15; 196,6). Este menosprecio se expresa también por medio de otros verbos y frases de matiz más o menos afectivo o metafórico: «no tener respecto a la vanagloria» (M. 238, 5); «burlar de supersticiones» (M. 130, 17); «aborrecer la hipocresía» (M. 228, 32); «evitar la ociosidad» (M. 169, 29); «dexar la superstición» (L. 133, 18 y M. 131, 1); «escaparse de las supersticiones» (M. 236, 31); «apartar y desterrar de su casa toda manera de superstición y de hipocresía» (M. 238, 30) y—en contexto negativo—«huir la pobreza como enemiga» (M. 15, 23).

El contraataque se lleva a cabo por medio de las prácticas religiosas ordenadas

por la Iglesia (M. 121, 13) y por la meditación en las últimas verdades («¿Qué remedio hallavas contra la soberbia?» — «Acordarme que era mortal», M. 137, 4). La ascética tradicional le sugiere también el método de vencer los vicios por las virtudes contrarias, pero el hecho es que en los Diálogos de Valdés esta tesis no se manifiesta como lucha interior observada por introspección. La buena casada emplea dicho método para educar a su marido: «... díme tan buena maña *contraminando* sus vicios con virtudes, su soberbia con mansedumbre... su prodigalidad con templança... (M. 235, 23; cfr. tb. 22, 13).

Para cada estado, nos propone Valdés un modelo de virtud, pero no nos hace asistir nunca al forcejeo interior del hombre contra el vicio. Nuestro autor parece acercarse a los ejemplos aducidos por Glasser cuando le hace afirmar al buen predicador: «esto (el amonestar) hazia yo de manera que pudiesen todos conocer *no moverme* a ello ambición, pasión, ni afición, mas sólomente el bien universal» (M. 211, 23). Pero, aquí, no se trata de lo que Glasser llama el *abstractum impotens*, o sea, de una fuerza abstracta personificada que actúa, sin éxito, contra el individuo, sino más bien de la exclusión de un motivo eventual. Véase también: «no se movía (el Emperador)... por ambición ni hambre de señorear, mas solamente por lo que devía a la justicia» (M. 25, 27). La tendencia misma del castellano a emplear la voz reflexiva parece oponerse a la formación de una fraseología basada en el *abstractum impotens* (o sea, en español se dice: «no me muevo por A» más bien que «A no me mueve» o «no soy movido por A»). Sin embargo, tampoco hallo en los Diálogos de Valdés las frases señaladas por Glasser como variantes de la misma actitud fundamental de relación consciente del hombre con las fuerzas abstractas, o sea, «dejarse vencer (llevar, enseñorear, etc.)», ni la locución, «soltar las riendas».

Estas lagunas pueden ser fortuitas o pueden pertenecer a una etapa expresiva distinta. Lo cierto es que los dos Diálogos son una glorificación de Carlos V, que por nada ni nadie se deja vencer en su estoica impassibilidad. Pero Valdés no le llama *invicto* ni *invencible*, y, para alabar el completo *dominio de sí* que caracteriza al Emperador, se vale de una perífrasis descriptiva: «ni en la prosperidad le vemos alegrarse demasidamente ni en la adversidad entristecerse» (L. 15); «ni las prosperidades le dan demasiada alegría ni las adversidades tampoco tristeza» (M. 73).

Los Diálogos de Alfonso Valdés constituyen, pues, una ilustración negativa de la tesis de Glasser. Habría que estudiar de cerca muchas otras obras de este período para averiguar cómo se realizó la transición que nos lleva a la fraseología barroca. Huelga decir que ésta debería ser una investigación minuciosa, porque en las pesquisas semánticas no es el testimonio suelto el que cuenta, sino la constante repetición y la insistencia en un mismo concepto, frase o construcción.—
M. Morveale.

TAVANI, GIUSEPPE.—*Grammatica Portoghese. Elementi di Fonetica, Morfologia, Sintassi.* Carucci Editore, Roma, 1957, 251 págs.

Es curioso que los estudios portugueses en Italia tengan más importancia y despierten mayor interés que en España, donde, a pesar de los vínculos históricos y culturales que nos unen a Portugal, son muy pocos los que se interesan por ellos. Ahora una nueva gramática portuguesa viene a unirse, con todos los honores, a las ya existentes en Italia. Esta gramática de Giuseppe Tavani es descriptiva y está escrita con un criterio didáctico, pero con base científica, pensando

principalmente en estudiantes italianos, aunque por su precisión y claridad puede ser útil también para nuestros estudiantes universitarios, que encontrarán, además, provechosas noticias de gramática histórica, con que T. completa el estudio sincrónico del portugués.

El libro consta de tres partes: *Fonética e Ortografía, Morfología y Sintassi*, más un apéndice sobre *La lingua portoghese in Brasile*.

Con ser valiosas y sistemáticas las tres partes, la primera es quizá la más importante, pues T., consciente de las grandes dificultades que plantea la fonética portuguesa, le ha dedicado un cuidadoso estudio, sorteando hábilmente los escollos de materia tan peligrosa: en 52 densas páginas estudia el vocalismo y el consonantismo en sus aspectos práctico e histórico, con gran aportación de ejemplos y noticias. Sin embargo, no parece del todo acertado su criterio simplificador de evitar, en general, el uso de signos diacríticos especiales para representar la pronunciación figurada del portugués, utilizando en su lugar valores fonéticos italianos.

La segunda parte es la más extensa del libro, sobre todo el capítulo referente al verbo. En esta parte, T. intercala ejercicios prácticos (traducción directa e inversa y vocabularios), admisibles si se tiene en cuenta el carácter didáctico del libro.

La tercera parte, dedicada a la sintaxis, no tiene la amplitud ni minuciosidad de las anteriores, porque, según el criterio del autor, está limitada a la exposición de los problemas más importantes de la sintaxis portuguesa, sobre todo en aquellos casos de más acusada diversidad entre esta lengua y la italiana.

Termina el libro con un apéndice breve, pero útil y orientador, donde se exponen sucintamente los rasgos característicos que distinguen al portugués del Brasil del peninsular.

Aunque T. remite en nota al lector a otros libros y trabajos, hubiera sido conveniente una pequeña bibliografía crítica que orientase al estudiante; pero esto es fácil de subsanar en una segunda edición, que, sin duda, tendrá esta ejemplar *Grammatica Portoghese*.—José Ares Montes.

GLASER, EDWARD.—*Estudios hispano-portugueses. Relaciones literarias del Siglo de Oro*. (Biblioteca de Erudición y Crítica, III). Editorial Castalia, Valencia, 1957, XII-276 págs.

Le sobran razones al profesor Edward Glaser para lamentar el abandono en que se halla el estudio de las relaciones literarias hispano-portuguesas, y en general, el de la intercultura entre ambos países, aunque reconozca las valiosas aportaciones que han aparecido hasta ahora —debidas, en su mayoría, a investigadores no portugueses—, entre las cuales hay que incluir este libro, que, como dice el propio autor, «contiene bastantes elementos para dar un mentís a quienes, inspirados por prejuicios nacionalistas, rechazan como *érro ibérico* la existencia de firmes nexos intelectuales entre las dos naciones».

G., a quien se deben ya algunos notables trabajos sobre el tema, reúne en este volumen seis estudios que agrupa en dos partes: en la primera se estudia la resonancia de algunos poemas de Garcilaso y Lope de Vega en autores españoles y portugueses; en la segunda, se analizan cuatro comedias de tema lusitano, debidas a dramáticos españoles del siglo XVII.

El primer trabajo, *La crítica de las églogas de Garcilaso hecha por Manuel de Faria e Sousa, a la luz de su teoría de la pastorál* (págs. 3-57), nos pone en contacto con un autor portugués que la crítica, por varias razones —la principal, el desconocimiento de su obra—, se ha empeñado en ignorar. Sin embargo, pese a sus limitaciones o defectos, Faria e Sousa es un autor con muchos aspectos interesantes que habrá que estudiar algún día. Lo que le interesa ahora a G. son los comentarios a las Eglogas de Garcilaso hechos por Faria e Sousa a la vez que comentaba las *Rimas de Camões*, y que, como dice G., apenas han sido tenidos en cuenta por quienes han estudiado al poeta toledano, a pesar de que encierran un cuerpo de interesante doctrina sobre la bucólica garcilasiana. Faria e Sousa reconoció en Garcilaso al iniciador de una nueva escuela poética y aunque siempre lo puso por debajo de su idolatrado Camões, no dejó de admitir que éste lo admiró e imitó en muchas ocasiones. No es benévolo Faria, ni mucho menos, con los comentadores de Garcilaso, a quienes ataca por distintos lados, acusándolos de confusos, poco entendidos, pedantes y otras cosas. Tales ataques le sirven para resaltar, con poquísima modestia, el valor de sus propios comentarios camonianos, en los que se concede más importancia a la erudición que a la capacidad creadora.

En el «Discurso sobre la composición de las églogas», que sirve de prólogo al vol. IV de la *Fuente de Aganipe*, colección de sus poesías originales, Faria e Sousa hace la historia del género, siendo sus páginas más interesantes las dedicadas al bucolismo ibérico, con la correspondiente crítica de la *Égloga de Garcilaso*. En general, ya en el «Discurso», ya en los comentarios camonianos, la crítica de Faria es adversa, endureciéndose más al analizar la *Égloga Segunda*, a la que colma de defectos (demasiado extensa, prolija, uso de la polimetría, de la *rima al mezzo*, falta de verosimilitud) y pone reparos de tipo moral, aireando escrúpulos religiosos por el empleo que hace Garcilaso de las palabras 'estrella' y 'destino'. Los elogios, en cambio, son parcos y aislados, y aunque a veces son calurosos, muestran, empero, que Faria no fue un admirador incondicional de nuestro poeta. A pesar de sus manifiestas arbitrariedades, G. reconoce interés y valor en estos comentarios.

En el segundo trabajo, «*Cuando me paro a contemplar mi estado: Trayectoria de un 'Rechenschafts-Sonett'*» (págs. 59-95), se estudia la influencia de este soneto de Garcilaso sobre poetas peninsulares de los siglos XVI y XVII. El soneto, que se ha relacionado con el de Petrarca *Quand'io mi volgo indietro a mirar gli anni*, es analizado finamente por G., que resalta sus valores poéticos y humanos, pasando a continuación a seguir la huella que dejó en las letras españolas y portuguesas. Gaspar Gil Polo, Diego Bernardes, Camões, Lope, el autor de la *Silvia de Lysardo*, Faria e Sousa, Botelho de Carvalho y ya en las postrimerías del siglo XVII, Frei Lucas de Santa Catharina, se han inspirado en él o han citado versos aislados, el primero casi siempre. Y aún quedan las parodias, de las que G. recoge tres.

Completa esta primera parte del libro un tercer estudio titulado «*Ir y quedarse, y con quedar partirse: Una guirnalda de comentarios*» (págs. 97-130), sobre el famoso soneto de las *Rimas* de Lope, G. aborda la historia literaria del concepto principal del soneto, arrancando de otro soneto de Petrarca, «*Il dolci colli ov'io lasciai me stesso*». Son varios los textos que aporta G. anteriores a Lope, donde se utilizan los términos antitéticos *ir (partir)-quedar*, entre los que destacan dos sonetos de Camões. Pero, pese a estos precedentes literarios que Lope pudo conocer y utilizar, su soneto tiene un valor independiente. Su difusión fue grande entre los poetas y el público y suscitó también comentarios e imitaciones satíricas, más, como dice G.,

«contra quienes mermaron la belleza de un soneto, a fuerza de repetirlo, que contra el genio del poeta que lo creó».

La segunda parte de *Estudios hispano-portugueses* comprende tres trabajos sobre cuatro comedias españolas del siglo XVII de tema lusitano. Es el primero «*El Divino Portugués San Antonio de Padua*», de Juan Pérez de Montalbán (págs. 133-177), G. examina, con su peculiar minuciosidad, las fuentes que pudo utilizar Montalbán, a las que añadió no poca imaginación, aunque fue extraordinariamente parco en la utilización de milagros y analiza cuidadosamente la comedia, que le merece tan alta consideración que llega a calificarla, creo que con un poco de exageración, de «drama perfectamente logrado, muy por encima de las comedias de santos entonces al uso». Estoy de acuerdo, sin embargo, cuando G. afirma que tanto *El Divino Portugués San Antonio de Padua*, como, en general, todo el teatro de Pérez de Montalbán, ha despertado poca curiosidad; pero, a pesar de sus muchos aspectos interesantes, *El Divino Portugués* no está por completo conseguido y la figura de Antonio está tratada con la superficialidad que caracteriza casi todo el teatro de Montalbán y que, a decir verdad, no es privativo suyo, sino defecto general de nuestros dramáticos del siglo XVII.

«*Santa Isabel, reina de Portugal*», de Francisco de Rojas Zorrilla (págs. 179-220) es el título del siguiente ensayo sobre una pieza dramática hasta hoy medio olvidada, que lleva a la escena la figura de Isabel de Aragón, la «Rainha Santa». G. hace un caluroso elogio de esta comedia, a la que tiene como un modelo de desarrollo dramático y no como una arbitraria selección de milagros o una apología más, afirmando que es «obra de imaginación original y centrada en torno a un conflicto de honor, susceptible, como bien demuestra, de un desarrollo nuevo y sorprendente».

El tercer estudio versa sobre *Dos comedias españolas sobre el falso nuncio de Portugal* (págs. 221-265). Tratan estas comedias de una leyenda que atribuía el establecimiento del tribunal del Santo Oficio en Portugal a la intervención de un aventurero, Alonso Pérez de Saavedra, que se había hecho pasar por Nuncio pontificio. Esta fábula fue acogida y propalada principalmente por autores españoles y rechazada, en general (Faria e Sousa la acogió en su *Europa Portuguesa*), por los portugueses, que no admitían se menoscabase en un punto la gloria de su rey, Don João III, en lo que a la creación de aquel tribunal se refiere. Contribuyeron, sin duda, a la difusión y popularidad de esta fábula dos comedias anónimas: *El Nuncio falso de Portugal* y *El Falso Nuncio de Portugal*, que G. analiza y compara, para mostrar principalmente cómo está visto el protagonista en cada una de ellas. En la primera, atribuida a «Tres Ingenios», Saavedra es presentado como una figura noble, defensor del Catolicismo y cuyo engaño es perdonado porque redundaba en beneficio de la Fe. En la segunda, atribuida a José de Cañizares en un manuscrito de fines del siglo XVIII, por cuya paternidad se inclina G., es una refundición de la primera, complicada con más episodios y personajes, lo cual va en perjuicio del protagonista, que queda un tanto oscurecido y, además, sin las virtudes que posee el de la comedia de tres ingenios, pues aquí Saavedra es un aventurero sin escrúpulos.

A través de este resumen del libro de G., puede colegirse el interés que encierran los trabajos en él reunidos, obra seria, meditada, que ofrece, al lado de apurados análisis bien estructurados, una bibliografía abundantísima. De las erratas deslizadas en el texto, corrija: donde dice «No tempo do meso Carlos V» (pág. 5), debe decir 'mesmo'; en la pág. 165, n. 43, sobra la coma en «color, purpurea»; en la pá-

gina 203, donde dice Fray Luis de León, debe leerse Fray Luis de Granada; en la pág. 253, el verso «para ponerla capilla», debe corregirse por «para poner la capilla», como lo indica el sentido y el ms. 17003 de la Biblioteca Nacional de Madrid, además de varias ediciones de *El Falso Nuncio de Portugal*.—José Ares Montes.

FRANCESC DE B. MOLL.—*Els llinatges catalans*. Palma de Mallorca, Editorial Moll [1959] 15 y $\frac{1}{2}$ × 11 cm., 448 págs.

F. de B. Moll—uno de los filólogos españoles de más seriedad y competencia del momento presente—ha puesto un subtítulo demasiado modesto al libro que comentamos: «Ensayo de divulgación lingüística». Pero hay divulgación y divulgación. La divulgación, obra del divulgador profesional, nunca tiene las calidades de la del científico, que ha medido y basado todos sus datos, pero heroicamente (se diría) suprime la barahúnda de sus materiales de trabajo, para no enojar y apartar al lector corriente. Y así, *Els llinatges catalans* —sólidamente fundamentado— es un libro que cualquier hombre de cultura media puede leer sin esfuerzo y con fruto. Está dividido en dos partes. En la primera expone Moll todos los antecedentes históricos imprescindibles para comprender lo que son los apellidos modernos, y todos los problemas que la morfología y la fonética de los mismos plantea. Sigue luego la lista de los apellidos, con las explicaciones pertinentes para cada uno, dividida en: 1) apellidos que proceden del nombre de los padres; 2) de nombre del lugar de nacimiento, residencia, etc.; 3) de cargo o profesión; 4) de circunstancias de nacimiento, augurios, etc.; 5) de sobrenombres; 6) apellidos de origen no catalán. Al final del libro una lista completa por orden alfabético permite la busca rápida del apellido que se desee.

Moll ha procedido, aun en otros aspectos —que en materia de apellidos no deja de haber sus escollos— con una gran discreción.

Un poco nos extraña la división entre formas correctas e incorrectas. Admite Moll, al lado de *Pujol*, como forma dialectal *Puijol*, pero, en cambio, rechaza *Puchol*. Ahora bien, *Puchol* es tan dialectal como *Puijol* (*Puchol* es la forma que corresponde a la zona de Valencia donde la *j* catalana se ha ensordecido, sean cuales fueren —y no creo que estén del todo aclaradas— las causas del ensordecimiento).

Los apellidos, como tales apellidos, no tienen ni significación ni corrección: designan; y cumplen con eso. Representan, sí, una tradición; pero es una tradición particularísima: la familiar. No creo que ningún *Chust* o ningún *Puchades* valenciano vaya a alterar el apellido que llevaron sus padres y sus abuelos, y que, después de todo es perfectamente correcto, según la pronunciación local. En la enorme extensión del castellano se ha producido muchas veces lo mismo. Otro caso muy distinto es el de aquellos topónimos que han sido brutalmente alterados por error —a veces muy pintoresco— de la transmisión de la nomenclatura oficial: ahí sí que creo que es conveniente intentar la corrección. Eso por lo que toca a errores; que cuando hay una tradición local siempre me parece respetable, aun en toponimia; por ejemplo, el *México* o el *Oaxaca* de los mejicanos, aunque vayan contra las normas ortográficas castellanas. Ellos escribirán así, con arreglo a su tradición, y nosotros *Méjico*, según nuestras normas (y deberíamos quizá escribir, pero no lo hacemos, *Guajaca*). Por esa mínima diversidad (*México*, *Méjico*) no hay peligro alguno, para la unidad de la lengua.

El libro de Mell sobre los apellidos catalanes es, en verdad, excelente.—
D. A.

MILÁ Y FONTANALS, MANUEL.—*De la poesía heroico-popular castellana*. Edición preparada por MARTIN DE RIQUER Y JOAQUIN MOLAS. Tomo I de las obras de Manuel Milá y Fontanals. C. S. I. C. Patronato Menéndez Pelayo. Instituto Miguel de Cervantes. Barcelona, 1959 [624 págs.].

En un prólogo de los editores, se cuentan las vicisitudes porque ha pasado la primera—y única impresión de la *Poesía heroico-popular*, a pesar de sus dos cubiertas diferentes—. Amén de informarnos sobre el curioso destino de los ejemplares de la obra en una segunda edición teórica, los editores facilitan datos para conocer la afortunada suerte del libro entre los romanistas más ilustres de la época. La presentación de este primer volumen es muy pulcra y hemos de agradecer a los señores R. y M. los desvelos que han tenido en ofrecernos una agradable edición. Gracias a ellos, la lectura difícil, y muchas veces cabalística, de la impresión de 1874 es hoy cómoda y agradable: se han salvado las frecuentes erratas y se han resuelto las abreviaturas, que no siempre figuraban aclaradas en la primera edición. Por si esto fuera poco, los señores R. y M. nos han obsequiado con un índice muy útil de temas y personajes (pp. 597-617) y han hecho más explícito el índice general de la obra.

Junto al estudio que da nombre al libro se imprimen la *Oración acerca de la literatura española* (1865) y el *Nuevo ensayo de clasificación de los romances* (1874), según hizo Milá en 1874.

La oportunidad de esta edición no necesita justificaciones. En la *Poesía heroico-popular castellana* aparece con claridad el origen de nuestra epopeya: no formada por «cantos aislados y breves, sino compuesta de extensos relatos». Doctrina que se oponía a la tradición francesa (Fauriel, Barrois, Gautier, etc.) y que significaba la liquidación del romanticismo (cfr. las opiniones concordes de Rajna, 1884, Niese, 1882, Lang, 1893). En la obra se estudian los testimonios de la poesía heroico-popular castellana, y del cuidado análisis se infiere que «Castilla tuvo una epopeya, dando a esta palabra la significación de un conjunto de cantos narrativos extensos, de asunto nacional y de espíritu y estilo análogos». Y, en ella, antes que en ningún otro sitio, se formuló la fecundísima hipótesis de que los romances procedían de las gestas, pudiendo existir entre ambos las prosificaciones de las crónicas, y, también en ella, la prueba de que la epopeya castellana «tuvo una forma [= metro] adecuada a su naturaleza», con lo que se vino a negar tanto a los que no creían en nuestra autonomía épica cuanto a los que inventaban fabulosas cronologías al romancero.

Oportunísima esta aparición, cuanto tanto se habla de épica y tanto queda por aprender en el gran maestro catalán: «el mayor esfuerzo con que la ciencia española ha contribuido hasta ahora—era opinión de Menéndez Pelayo—al esclarecimiento de las tinieblas de la Edad Media».—*Manuel Alvar*.